

en los diarios; porque atacan sistemáticamente cuanto esfuerzo teatral se realiza, o porque abandonan la sala a media función y juzgan algo que no vieron.

Acuso a la nueva y a la vieja generación de actores, directores y cronistas, de no aceptar ninguna manifestación artística que no vaya de acuerdo con sus ideas y pareceres, menospreciando el esfuerzo de los jóvenes mientras éstos menosprecian el esfuerzo de los viejos.

Acuso a la Cartelera Teatral de los diarios de constituir un monopolio, de cobrar en forma arbitraria y forzosa los anuncios y publicar sólo aquellos que le convienen.

Acuso a los empresarios de prostituir el teatro y el gusto del público presentando solamente obras vulgares, sin pensar jamás en ofrecer un espectáculo que dignifique a su negocio y a ellos mismos.

Acuso, en fin, al público que no se preocupa por elevar su capacidad de comprensión y de buen gusto asistiendo, también, a los buenos espectáculos teatrales; de llegar tarde a las funciones y de no aplaudir o silbar a los actores cuando lo merezcan. Así, todos somos culpables. Si cada quien reconociese su parte de culpabilidad y con un acto de contricción comenzara a poner el remedio, el teatro surgiría de las cenizas en que se encuentra ahora.

Charla en el Instituto Cultural Mexicano Israelí el 20 de junio de 1966

NINGUNO PARA HAMLET NI PARA SHAKESPEARE
NI PARA NADA

¿Es la falta de autocrítica un problema siquiátrico? Me inclino a creer que, en efecto, lo es, y por ello recomiendo a los señores alienistas su asistencia al Teatro Xola, donde se presenta "algo" que se titula *Nueve para Hamlet*, donde la autocrítica brilla por su ausencia, pero en cambio abunda el narcisismo y la pedante-

ría en una nueva dimensión: la mediocre. ¿Puede haber algo más triste y, por ello, más digno de ser atendido por un siquiatra?

Confieso mi desconcierto y mi angustia cuando leí en los diarios que se iba a presentar una obra llamada *Nueve para Hamlet*, original de William Shakespeare y en traducción de Astrana Marín. Desconcierto, porque no sabía hasta ese momento que don Guillermo hubiese escrito algo así titulado, y angustia ante mi ignorancia. Llegué al teatro y algo me tranquilicé al ver en el programa que se trataba de una adaptación “basada en el texto de Shakespeare”, y pensé que aquel número nueve que tanto me había intrigado se refería a los personajes a que había quedado reducida la tragedia isabelina una vez “basada”. Mas el desconcierto me invadió de nuevo al contar en el reparto once actores en lugar de nueve. Desde antes de sentarme en la butaca ya me había formado la idea de que aquel espectáculo era propio para siquiátras. En el programa aparecía una confusa y antiortográfica nota en la que se hablaba de la era nuclear, de angustia, de conocimiento del hombre, se “descubría” que Hamlet había sido un “enfermo emocional” y, por fin, se avisaba al público que aparecerían en escena dos príncipes de Dinamarca en lugar de uno. ¿Le interesa lo anterior, doctor José Luis Patiño?

Los nombres de los actores aumentaron mi alarma, puesto que algunos de ellos pertenecían a estimables figuras de cuadro, de segundos o terceros papeles en las obras, pero ninguno con las dotes suficientes como para interpretar ya no digamos el Hamlet, sino siquiera el Laertes o el Polonio, y porque había otros nombres que no sabía yo a quiénes pertenecían. Me consolé al pensar que la directora de aquel espectáculo fue premiada por los señores críticos teatrales asociados como lo mejor de 1965, por lo que cabía la posibilidad de que con un látigo en la mano y mucho talento en el cerebro, pudiese haber logrado excelentes actuaciones de aquel extraño —para *Hamlet*— reparto, y que la adaptación, debida a la misma laureada y regiomontana señora, fuese interesante, como la realizada por el modesto E. G. Robles en su experimento titulado *Shakespeare's lovers today* que se presentó en la Casa de la Paz hace algunas semanas.

Se recorrió el telón y vi... ¡el monte Calvario! Dos cruces se erguían en lo alto —las de Dimas y Gestas— esperando la

tercera. “Comienza el simbolismo”, me dije: “Hamlet da su vida por su padre, luego entonces puede tener alguna semejanza con Jesucristo, quien dio la suya por los hijos del padre”. Me pareció completamente tonta mi interpretación y preferí esperar a que la adaptadora me lo sugiriese con mayor claridad. En primer término aparecían los dos Hamlet, uno con suéter rojo y el otro con suéter negro, apoyados espalda con espalda como hermanos siameses. El rey hablaba, pero no pude entender lo que decía, y la reina —de pantalones—, y Ofelia —también de pantalones—, y Polonio —de suéter abierto—, escuchaban. Cuando los dos Hamlet se levantaron del suelo sucios por la tierra del escenario y comenzaron a hablar como los sobrinos del Pato Donald, o sea uno comenzando la frase y el otro terminándola, volví a fraguar mis propias interpretaciones: “El Hamlet rojo será la venganza y el negro será la indecisión, y así, la adaptadora ha dado a cada uno las frases que le corresponden según su psicología”. Pero al avanzar la obra, me percaté de que me había vuelto a equivocar: los dos Hamlet decían sus frases para no quedarse callado uno de ellos, pero sin que hubiese una lógica. Uno, el negro, decía: ¡Ofelia!, y el rojo contestaba dando brincos por el escenario: ¡“Vete a un convento!” Una vez destruida mi segunda interpretación, me convencí que era demasiado corto de mente para captar el profundo simbolismo de la adaptadora y directora laureada, por lo que preferí fijar mi atención en las actuaciones.

Durante el segundo acto pude darme cuenta de que tampoco había actuaciones, de modo que al llegar el entreacto hice un balance: No hay obra, porque esto no es de Shakespeare, ni siquiera de Astrana Marín, pues no se dice ni una sola vez “¡pardiez!”, como en su traducción, y lo más que se dice es: voy a coger chochas; no hay actores; no hay dirección; no hay adaptación; no hay más escenografía que el Calvario . . . Entonces, ¿qué hago aquí? Y me fui. ¡Ay, Héctor Mendoza, qué mal hiciste al dirigir una obra clásica en un tono moderno, casi a go-go! ¡Cuántos creen que tienen tu talento y que pueden hacer lo mismo!

México en la Cultura, 3 de julio de 1966